

tica y social del Vietnam, la personalidad de Jomeini, las fuerzas fronterizas, etcétera, no se pueden repetir exactamente igual en ninguna otra parte del globo.

Uno de los errores comunistas ha sido durante años el de querer que su carácter revolucionario fuese «científico». Se producían unas determinadas «condiciones objetivas», unas «relaciones de fuerzas», aparecía el partido como «Vanguardia del proletariado», y la revolución surgía. Jamás ha sucedido así más que una vez, y esa vez surgió contra todas las previsiones científicas (en la Rusia casi medieval, agrícola y analfabeta en lugar de en la Alemania industrializada y culta). Han tenido que pasar muchos años para que algunos partidos —los llamados «eurocomunistas»— reconozcan que, sin perder su admiración por 1917, aquello fue algo irreplicable.

Lo que no puede predecirse de ninguna manera es si el estado de las revoluciones permanentes, patrocinadas por los estados y compartidas por las oposiciones —la técnica, o la sexual, o la consumista...— va a abolir para siempre las revoluciones en Europa y a sustituirlas por otra forma de evolución; entre otras razones, porque no puede predecirse cuál será el desarrollo del estado revolucionario en las naciones proletarias, en las naciones que están ahora practicando la lucha de clases. Todo el esfuerzo actual de Reagan —o de la doctrina de una parte de los Estados Unidos que se representa por Reagan— consiste estrictamente en eso: luchar contra las revoluciones del tercer mundo, o de las naciones proletarias, y volver a un orden en el que las materias primas y la mano de obra barata siga favoreciendo a las clases dominantes que somos todos los demás. La desviación de esta contrarrevolución hacia la Unión Soviética tiene un sentido evidente: la Unión Soviética tiene menos necesidad que Occidente de las materias primas y la mano de obra barata que producen esos países, porque su sistema económico y su medio de explotación de riqueza y trabajo es otro; por lo tanto, puede agitar a esas naciones proletarias y ayudar sus revoluciones, aunque sólo sea con el objetivo de reducir la potencia de su enemigo occidental. Es por lo tanto preciso asegurarse en primer lugar que la Unión Soviética no va a proseguir lo que se llama «su expansión»: es decir, que no va a intervenir en los países de interés vital —económico— para occidente, y no se puede conseguir por la negociación, hay que conseguirlo por una elevación del clima

de castigo. Asegurada la inmovilidad de ese enemigo, o destruido, puede proseguirse por el mismo camino. Por el del nuevo colonialismo.

Hay, evidentemente, otras opciones. La europea, hablando ahora en el sentido estricto del continente, está en la posibilidad de que ciertos beneficios que aquí han terminado por ser mejor repartidos y eliminar la guerra de clases puedan extenderse hacia el tercer mundo. Es decir, que la explotación pueda continuar pero por una vía amable y complaciente, y que la escala ricos-pobres sea menos drástica. Piensan los europeos que eso evitaría las revoluciones no sólo posibles, sino actualmente reales: las que están sucediendo ya. Las del Irán, Nicaragua, El Salvador, Libia... Porque, de otra forma, las revoluciones pueden volver al continente que las exportó.

Estamos ya atravesando, en efecto, por un nuevo período de alteraciones sociales. La lucha de clases iniciada por el tercer mundo, a partir del desafío del petróleo, está amenazando todo este sistema de relativo bienestar que se había inventado Europa. Reaparece la escasez, reaparece el paro obrero —aumentado por el uso de la nueva electrónica— en el momento en que hay menos a repartir, surge la antigua tirantez de las clases sociales, puesto que de nuevo pierden más los que tienen menos que perder... La tendencia puede observarse en algunos movimientos electorales, como el de Francia y el de Grecia: las poblaciones que antes, dentro del bienestar o del consumismo —relativo, claro, a sus propias economías— preferían la calma burguesa que les ofrecía la derecha, están cambiando el sentido de su voto. Parte de la izquierda organizada se ha quedado sin sentido: había renunciado ya al revolucionarismo, a las reivindicaciones sociales; estaba limitándose a ofrecer un automóvil un poco mejor o un frigorífico nuevo, una escuela algo más luminosa y libre, pero había adjurado de sus antiguas ideologías. Ha perdido su clientela. El otro fenómeno adverso es el de la reaparición de los fascismos; en el momento en que puede aparecer siquiera un conato de la antigua lucha de clases, la derecha rearma al fascismo. Esto es especialmente visible en España o en Portugal, cuyas economías son muy peculiares y cuyos fascismos son muy recientes.

Por eso no puede excluirse que en un futuro, aún lejano, un cierto revolucionarismo vuelva a aparecer en Europa, con toda su panoplia ideológica, con todas sus invocaciones filosóficas. ■ E.H.T.

SEREMOS dos —mintió. Si decía que iba solo, el *maitre* le colocaría en una mesa diminuta, en un rincón invisible—. Tendré que esperar un momento: me he adelantado.

—¿Quiere el señor esperar en el bar...?

—No, directamente en la mesa.

Enormes cortinas de terciopelo rojo desde un altísimo techo, luces tenues, plantas naturales alimentadas con rayos infrarrojos. Música de fondo. «Para nuevos ricos», pensó. A quienes se les puede haber ocurrido poner música de fondo en un restaurante. Y un perfume: quemaban sándalo, o algo así. Lo suficiente para destruir el aroma de los platos. Ya las señoras hacen lo que pueden cargándose de perfumes: un exceso de Diorissimo puede destrozar definitivamente el ajo sublime de unas setas provenzales, un Chanel número cinco destruye el más fino *foie-gras* de las Landas. Y si se llega un poco tarde, cuando en otras mesas han terminado de comer, todo se mezcla con la peste de los enormes cigarrillos que una dama especializada ha ido ofreciendo por las mesas. Sobre todo, en el almuerzo: la hora de las comidas de negocios, cuando los grandes horteras españoles invitan a los extranjeros de las multinacionales, les ceban, les sugieren los platos de la carta fijándose primero en el precio, con un rápido vistazo a la columna de la derecha, para que todo sea carísimo. Quizás es lo que ellos esperan con ansiedad, para medir la fuerza de su anfitrión. Tampoco debe importarle mucho lo que van a comer; si no, no empezarían con la costumbre bárbara del cocktail —el cóctel, como escribiría «El País», que para no respetar otras instituciones tiene que empezar respetando a la Academia—; como si con el paladar anestesiado por dos, tres copas de ginebra adulteradas, acorchado sin remedio, se pudiera estimar en todo su valor la fina lámina de Jabugo. Y aún había que contar con el candelabro, y las velas ominosamente perfumadas, para dar la sensación de lo antiguo: lo sólido, lo auténtico. Como si los antiguos se alumbraran con velas por placer, y no por necesidad.

El mozo había aderezado la mesa para dos: algo de plata, algo de flores, una batería de copas de cristal ambarino —otra barbarie: nunca se podría apreciar el verdadero color del vino—, unos rabanillos demasiado tiesos y una mantequilla demasiado dura —desgraciadamente sacada del refrige-



EL ALMUERZO DEL HOMBRE SOLITARIO

POZUELO

rador-; quizá solo estaban bien sus pequeños gestos de oficante. Un muchacho que había sobrepasado la enseñanza mecánica de la escuela de hostelería y lo hacía todo con suavidad y celeridad segura; como los buenos actores pueden sobrepasar los cursos de expresión corporal y de ortofonía, como Picasso se sacudió de la Escuela de Bellas Artes. Todavía hay talentos naturales. El *sommelier* -¿sumiller?- hizo la ofrenda tradicional del aperitivo.

-Un oportó blanco...

-Si lo quiere rojo...

-No, rojo no. Tiene demasiado cuerpo, demasiado sabor, demasiado azúcar. Es para el postre. El blanco, ligero y fresco, es para antes de comer...

-Pero no lo tenemos, señor. No es frecuente su uso; le podría decir que es la primera vez que me lo piden...

-Entonces, nada.

El *sommelier* se alejó con gesto de frustración.

-¿Has visto, Carlos, como ha degenerado la derecha? La mesa y la cocina eran suyas, y las han dejado hundirse.

-Son barrocos -respondió Carlos el imaginario. Pensaba él que ante el

servicio vacío, y que quedaría vacío hasta el final de la comida, podía suponer que estaba su amigo Carlos. Carlos estaría ahora, quizá, colocando las láminas del test de Rorschach, en su provincia, a un atónito palurdo que habría ido a confiarle la angustia de su tendencia incestuosa para con su hija mocita; y no vería en ellas más que carneros, falos y defecaciones. O estaría Carlos a punto de sentarse ante una menestra natural: todo lo natural que puede ser en nuestros tiempos una menestra.

-Son barrocos -decía el imaginario amigo- y el barroco es solamente una exageración de la riqueza: una forma del castigo del rey Midas. Calderón eran tan barroco como estos seres que reparten sus blazers azules y sus pantalones crema por este local; y digo Calderón porque está de moda. Como lo tenía todo, tenía que exagerarlo todo, mezclarlo todo, gastarlo todo: teología, filosofía profana, amores, sueños, metáforas, vocabulario, personajes fuertes, graciosos imbéciles; todo mucho, todo en grandes cantidades. Cuando la derecha triunfa, y triunfa siempre, cuando acapara, quiere usarlo todo al mismo tiempo. Tiene horror al vacío, porque el vacío

es la pobreza y la pobreza es la muerte. Si me preguntases que es la derecha, te diría que es la naturaleza insaciable: el hombre que quiere tenerlo todo para al final ser Dios; y si lo fuese aún estaría frustrado porque querría más poderes. No hay nada más aleccionador que lo que está pasando en España en nuestros días. Lo que llamamos el partido del gobierno, lo que ellos llaman UCD, quieren ser al mismo tiempo derecha, izquierda y centro; pobres con los pobres, ricos con los ricos, militares con los militares, vascos y catalanes con los vascos y los catalanes... Charlatanes y silenciosos, dictadores y demócratas, hombres y mujeres. Quieren ser Picasso con Picasso: lo compran, lo traen, lo encierran en una urna, venden su contemplación: los descendientes de quienes destruyeron Guernica quieren ser los habitantes destruidos de Guernica, los que tuvieron a Picasso en el exilio lo traen después de muerto; quieren ser él mismo, y quieren ser Alberti. Y en parte lo son... Estos que ves aquí quieren tener simultáneamente terciopelos, plantas, perfumes; puros, velas, ostras y caviar y asimilarlo todo al mismo tiempo...

-Con lo cual lo anulan y lo destruyen todo...

-Es su desgracia. Pero no pueden contener su ansiedad. Como en los viejos cuentos morales en los que el borracho muere ahogado en un tonel de vino. Es el almuerzo de Midas. Es la misma mecánica mental por la que quieren ser España ellos solos; y ser Europa, y ser el mundo. Cuando tenían menos sentido del ridículo, porque el ridículo lo administraban ellos con la censura, decían que el mundo tenía envidia de España y la imitaba.

-¿Y ese gran patrón americano que esta rodeado de ejecutivos españoles que le hablan en lo que creen ellos ser el idioma inglés, esa derecha más poderosa aún?

-Sin duda sabe bien donde está. Un poco más cerca de ser Dios. Ve todo esto, y piensa que es una característica clásica del tercer mundo; se sabe en un tercer mundo y está hablando con los intermediarios que le ofrecen la mano de obra barata, las leyes favorables... Es como uno de santos en cuya fiesta las gentes del pueblo acuden a su imagen con cestas de jamones, corderos y frutos. O como el gran señor que recibe cestas de Navidad, increíblemente barrocas. En todos los países pobres, el rico es festejado por los indigentes que le dan su alimento. Como en los belenes, donde los miserables pastores, la clase más menesterosa y mal alimentada de su

EL ALMUERZO DEL HOMBRE SOLITARIO

tiempo, corren hacia la cunita llevando quesos, leche y ovejas que han sacado de su miseria cotidiana para congraciarse con el nuevo poder. El redentor de la multinacional recibe ahora la sonrisa de las damas perfumadas, el aroma del Diorissimo, el salmón, la vela europea encendida, el tributo del idioma mal pronunciado: todo lo que se le puede ofrecer en el breve acto de un almuerzo de una hora, de hora y media. Le están destrozando el estómago, pero él se siente Dios. Y cada uno de sus anfitriones se sienten, a su vez, dioses; porque han traído al Dios a su propia mesa y le han dado sus alimentos.

Carlos se va desvaneciendo. Se ha acercado el *maitre* y ha dejado la carta, por si el señor quiere ir eligiendo mientras llega la otra persona.

-Aunque tenemos algunas otras cosas especiales fuera de la carta, que más adelante le diré...

-Pero, Carlos, ¿por qué a la izquierda le ha dado ahora por la gastronomía?

Mientras se desvanece, Carlos da su explicación:

-Por lo mismo que a las frustradas amas de casa les da por comer bombones, aunque engorden; por lo mismo que los niños quieren chupar incesantemente caramelos; por lo que las muchachas adolescentes tranquilizan su fase oral masticando chicle incesantemente. Diríamos que es un paso del amamantamiento a la aparición de los primeros dientes, y a la sublimación del impulso sádico-oral. Una sustitución de lo agresivo: morder, devorar. Es una forma ilustrada de la bulimia: la incorporación al objeto materno, que ha muerto ya. A los pechos desnudos de la matrona de la Revolución francesa: ¿te acuerdas de los famosos cuadros revolucionarios, de unos jóvenes en las barricadas y, flotando sobre ellos, una mujer con gorro frigio y los pechos al aire? ¿por qué los tenía al aire, porque los mostraba tan hermosos y bien proporcionados? No por una razón sexual, o por una muestra de libertad, sino porque son la fuente del primer alimento que recibe el hombre; sin duda aquellos muchachos habían sido mal amamantados por unos senos flácidos y una leche pobre de mujer mal alimentada, y por eso hacían la revolución. Hay muchas razones para explicarlo. La izquierda tiene ahora un vacío interior, y quiere llenarlo. Quiere compensar su debilidad aumentando de peso y de volumen. Los psiquiatras sabemos que, al contrario de lo que dice la literatura, los que

más comen y más seleccionan sus alimentos son aquellos que acaban de sufrir una catástrofe sentimental; los que sufren por la muerte de un pariente próximo. Podría aventurar la idea de que la izquierda gastronómica es también una izquierda que duerme mucho, y que se masturba. Son algunos síntomas de los que los freudianos, y los lacanianos si es que los lacanianos existen, llaman el regreso al estado pregenital. Al de antes de nacer. Se están dando cuenta de que su nacimiento político ha sido un error; querrian volver a repetirlo. Han sufrido decepciones amorosas: Carrillo o Felipe, o Tierno Galván. Se les han muerto sus padres: Marx o Bakunin, Mao o Fidel, se les ha muerto Polonia y el Chile de Allende... Tuvieron una fase especial: cuando les dio por la macrobiótica. Querían ser fuertes, sanos, musculosos y al mismo tiempo sublimes. Ahora han pasado, simplemente, a querer gustar del paladar...

-No hagas caso de nada -dice Vázquez Montalbán. Carlos se ha desvanecido totalmente y en su lugar está Manuel Vázquez Montalbán-, la izquierda ama la gastronomía porque es una cultura, y como todas las culturas le ha sido arrebataada por la derecha. La quiere recuperar.

El *maitre* se ha aproximado una vez más. Está evidentemente nervioso; el hombre solitario de la buena mesa no recibe su compañía, ni bebe ni come. Se está haciendo tarde. Incluso teme que el solitario no esté en su razón; a veces le parece que habla solo, o que mueve los labios y gesticula imperceptiblemente.

-Puedo ir diciéndole también al señor lo que tenemos fuera de la carta...

Su letanía real se confunde con las palabras imaginarias de Vázquez Montalbán.

-La cocina es un hecho del pueblo, y debes leer, sobre todo, a Lévi-Strauss en «Lo crudo y lo cocido».

-... con una salsa de arándanos levemente desazucarada para no hacer demasiado fuerte el contraste...

-Esta estrictamente ligada al paisaje: el buen pueblo se ha comido siempre su paisaje. Ha sacado su nutrición de aquello que había en torno a él; las hierbas, los animales. Es un hecho nacional: si me apuras, más que nacional y que regional, es un hecho local. Las catástrofes culinarias han comenzado con las importaciones y exportaciones...

-... los ajos tiernos, hervidos al mismo tiempo que el cordero de *présalé* auténtico, no disfrazado por pien-

so marinos sino alimentado con la hierba que trisca junto al mar...

-Como la política. Ha sido siempre una desgracia para la cocina: cuando los judíos conversos mezclaron cerdo con todo para demostrar que no tenían ya prejuicios religiosos, destruyeron cosas tan sublimes como el cocido madrileño o la paella valenciana...

-... un sutil licor de frambuesa que apenas tiñe el puré hecho de patatas nuevas y verduras frescas bien tamizadas...

-Huye de aquí -me dice Vázquez Montalbán-, deja que se envenenen ellos. Que destrocen sus paladares.

Vázquez Montalbán ha desaparecido, el *maitre* ha terminado su literatura. El hombre no habla.

-Claro que si el señor quiere esperar un poco más... Podría tal vez ir eligiendo un vino y, sorbo a sorbo, seguir esperando...

El solitario ahuyenta al servidor. Trata de invocar, para el plato vacío, a la persona que realmente espera. A la que no vendrá nunca. Y que, aunque viniera, no sería ella. Quizá viniera con uno de esos perfumes, con uno de esos sombreritos. Quizás escuchase con ilusión la homilla del *maitre*, y tal vez dijera:

-No, apenas tengo apetito... Una comida un poco rara, sabe, pero suficiente para mí... Unas lonchitas de jamón, salmón fresco pero, por favor, sin guarnición ni salsas... Si las ostras son ya de confianza, tomaría media docena... Y puede usted ir preparándose un soufflé para después... Una nadería...

El solitario se estremece. Aunque no está convocada, aunque nadie sabe que está allí él, la persona a la que espera siempre podría aparecer, y materializarse de una manera completamente imbecil.

El restaurante se ha ido haciendo denso. Ya está el humo de los puros; las conversaciones se han acentuado porque ya las bocas no están llenas y a los postres es cuando se habla; y porque el terrible hilo musical obliga a subir el tono. En alguna mesa piden, con discreción, un poco de bicarbonato.

-Lo siento -dice-, la persona a la que espero ya no viene, y a mí se me ha hecho tarde. No quiero nada, gracias. Pero cóbreme por haber ocupado la mesa.

El servidor tiene el gesto severo.

-No faltaba más, señor. Otra vez será...

Arroja con displicencia, el hombre solitario, un billete de quientes pesetas sobre la mesa. Se levanta y se va. Nadie le acompaña hasta la puerta. ■ P.